



Austria, que aspirando á la herencia de Felipe, queria conservarla íntegra; y tambien disgustó á la Holanda, que tenía necesidad de mantener los Países-Bajos españoles como una barrera entre ella y Francia. Luis trató de adquirir la amistad de ésta proponiéndole para ello una nueva division de los países y contener al Austria poniéndola en pugna con la Confederacion germánica, que en efecto no le suministró recursos.

De Witt, gran pensionario de Holanda, habia pensado ya en separar los Países-Bajos españoles y en convertirlos en república, tratando de evitar la guerra; pero temeroso entónces de ejecutarlo por la peligrosa aproximacion del rey francés, indujo á los holandeses á que se aliasen con la celosa Inglaterra y con la Suecia, para conservar á España los Países-Bajos: tres potencias protestantes se aliaron en favor de ésta, por la misma razon que las occidentales sostienen hoy la Turquía.

El verse contenido el déspota en sus conquistas debió irritarle en gran manera; sin embargo, no queria aventurar su nueva marina contra la Inglaterra y la Holanda, además de que trataba de repartir la monarquía española con el emperador Leopoldo, si Cárlos moria sin sucesion. Por tanto, se firmó un tratado de paz en Aquisgram, en cuya virtud Francia devolvía el Franco-Condado, conservando á Charleroi, Binch, Ath, Douai, Comines, Tournay, Oudenarde, Lila, Armentieres, Courtray, Bergaes, y Furnes, llave de los Países-Bajos; de modo que hubiera sido ménos mal para España haber cedido el Franco-Condado. Tan frívolo fué el pretexto de la *devolucion*, que ni áun siquiera se mencionaron en dicho tratado los derechos de María Teresa. En él se violaba abiertamente el derecho público y el de propiedad, pues que se reconocía una pretension á todas luces injusta; y si el equilibrio tuvo ventajas por un momento, se vió hollada la garantía del derecho, quedando los pueblos expuestos al capricho de un rey, ó á las eventualidades de la guerra.

Luis no daba á los tratados más valor que al de los cumplimientos, en que el hombre manifiesta una cosa distinta de lo que dice; y

lo declaró sin rodeos cuando á pesar de esta paz envió socorros á Portugal, que se habia sublevado contra España. ¿Podíase, pues, esperar que desistiese de sus dos grandes deseos de conquistar los Países-Bajos y de vengarse de Holanda?

La Holanda se habia emancipado de España con su extremado valor, y engrandecido con las ruinas de ésta, ocupando sus colonias en las Indias, apoderándose de Bélgica, y haciéndose tan fuerte en el mar como reducida se hallaba en tierra. Surcando el Océano en vez de las tierras, y sin tener campos, surtía de granos á todo el mundo; á pesar de su suelo infecundo era el depósito universal: y sin tener minas era el banco de todos los reinos. La escasez de combustibles fué causa de que se dedicáran los holandeses á las manufacturas; trabajaron en estopa, lino y lana, y fabricaban el mejor papel que entónces se conocia; mejoraron todas las manufacturas, y la gran civilizacion de Europa abrió nuevo camino al comercio. La pesca de la sardina y de la ballena les daba recursos considerables; las naves, reformadas en su construccion, servian á las otras naciones en el comercio de trasporte, especialmente en los mares septentrionales. La Holanda no se apoderó de las colonias con una ciega avaricia, sino que las tuvo solamente proporcionadas á su territorio y á su poblacion.

Para perjudicar á España tambien en América, instituyó la compañía de las Indias occidentales, la cual adquirió grandes riquezas; y áun cuando abandonó el Brasil, que le habia sido asignado en la paz, colocó en otra parte establecimientos á propósito para el contrabando. La compañía holandesa de las Indias en Asia, trataba de asegurarse por todas partes el monopolio, especialmente combatiendo á los ingleses, que eran sus únicos rivales. Batavia fué siempre el centro de sus operaciones, así como de su gobierno, que se extendia más allá del Malabar, Ceilan, Coromandel y hasta la China y el Japon, de donde arrojaron completamente á los portugueses. La adquisicion del cabo de Buena-Esperanza hubiera sido mucho más productiva, si en lugar de simple aposta-



dero le hubiesen declarado colonia agrícola. La Haya, por tanto, era el centro de la política europea; cuando en Europa se suscitaba una guerra, la Holanda llevaba sus efectos á mares muy lejanos, concluyendo por reportar de ello gran beneficio; de tal modo, que estableció otra compañía para el comercio del Asia.

Enrique Federico, príncipe de Orange, que ántes de morir habia visto á sus antiguos protectores solicitar la paz, cedió su poder á su hijo Guillermo II, de edad de veintiun años, en cuyo reinado se concluyó la paz de Westfalia, llevada á cabo con el valor de su tío y con la prudente perseverancia de su padre. En esta paz se asignó á los Estados generales la parte conquistada de Flándes, de Brabante y del territorio que se halla á orillas del Mosa, la cual no fué agregada á la union, sino sometida á un gobernador general, que fué el mismo príncipe de Orange.

Las siete provincias formaban un gobierno federativo, cuyos diputados permanecian siempre en la Haya, resolviendo por unanimidad los negocios públicos: un consejo de Estado, una cámara del almirantazgo y un tribunal de cuentas dirigian la administracion. Pero en realidad, el poder legislativo correspondia á cada provincia, pues que sin el asentimiento de los Estados provinciales, los generales nada podian hacer; de modo que la base de todo era la municipalidad, que se hallaba vinculada en unas cuantas familias de la clase media.

La Holanda, que era la provincia más importante y que contaba mayores ciudades, tomó tal preponderancia, que su estatuder llegó á ser el de todos los Estados, y su gran pensionario jefe de toda la union, segun que dominaba el partido militar ó el civil. El estatuder, primer magistrado vitalicio del poder ejecutivo, mandaba el ejército y la escuadra, y gobernaba la provincia: podia asistir á los Estados generales y hacerles proposiciones, pero sin voto. El gran pensionario estaba encargado de la custodia de los sellos y de los archivos; preparaba las deliberaciones y las presidia; recopilaba lo que en ella se emitia y trataba de conciliar las opiniones; conferenciaba con los ministros extranjeros, proveia á las

necesidades de la guerra, disponia de los fondos secretos, y áun cuando desempeñaba su cargo por quinquenios, continuaba, no obstante, en él hasta que por cualquier accidente se le separaba del mando. No era posible evitar los conflictos que se suscitaban en aquella constitucion compuesta de siete cuerpos casi soberanos junto á otro cuerpo tambien soberano, y en la que no estaba bien determinado de dónde procedia su derecho; máquina que no se hallaba ordenada por leyes fijas, sino con arreglo á las circunstancias.

La Holanda, con el fin de disminuir su deuda, mando licenciar parte del ejército; pero á esto se opuso el príncipe de Orange, como capitán general; se cuestionó sobre la jurisdiccion y sobre los abusos de autoridad; mas cuando murió Guillermo II, á la edad de veinticuatro años, dejando á su mujer en cinta, se abolió el estatuderato, y prevaleció el partido popular. Cornelio y Juan de Witt, hombres de mar, eran los jefes de aquél, los cuales aborrecian el feudalismo y estaban dominados de un puro y ferviente deseo de libertad.

Los Estados generales tuvieron que combatir con los ingleses, que habian proclamado el extraño derecho de poseer solos el mar que rodea su isla. Grocio los rechazó en el *Mare liberum*, y Selden les prestó auxilio en el *Mare clausum*. Cárlos I prohibió (1636) á los extranjeros que pescasen en las costas de la gran Bretaña. Cromwell renovó aquella prohibicion (1652), determinando que en reconocimiento de su primacia, los holandeses bajasen su bandera y dejasen visitar su naves. Con tal motivo se suscitaron tres guerras (1652-65-72), en las que adquirieron grandes conocimientos los marineros holandeses y se ilustraron los célebres almirantes Tromp y Ruyter.

Ruyter, que habia ascendido por grados al puesto que ocupaba, tenía un profundo conocimiento y práctica en todo lo relativo á la marinería; los puertos, escollos, bancos, profundidades y corrientes le eran tan conocidas como su propia casa. Hombre de actividad incansable, siempre estaba en el puente de la nave mirando cómo se ejecutaban sus órdenes, y se hacia amar de los marineros, que le llamaban su buen padre. Persuadido de «que no puede conseguir-





se victoria sin el auxilio de Dios» y de que «él en las victorias ó las desgracias no era más que un instrumento de la voluntad de Dios,» tenía moderación en la prosperidad y paciencia en las adversidades. En 1667 llegó hasta el Támesis, y habiendo arribado á Chatam, quemó las naves que se hallaban en la rada, lo cual causó gran impresion en la ciudad de Londres.

El pueblo, sumiso siempre á la nobleza, y despreciando á los capitanes que habian salido de su seno, aborrecia á los Witt, y amaba en extremo á los Orange; pero el partido contrario á éste, habia tratado, en union con Cromwell, la paz de Westminster, á condicion de que no se eligiese por estatuder al príncipe de Orange ni á sus herederos. El proyeeto secreto de Cromwell era impedir que Orange, yerno del rey de Inglaterra, fuese jefe de la union, y por tanto peligroso á su usurpado poder. Algunos Estados rechazaron aquella exclusion; originándose de aquí contestaciones y diferencias que los partidos filosóficos exacerbaban, como en otro tiempo lo hacian los teológicos.

Los reformados de Ginebra habian adoptado las doctrinas peripatéticas purificadas por la escolástica; y Teodoro Beza se declaró partidario de Aristóteles; Ramus, por el contrario, adoptó sus doctrinas, pero sustituyó á la de aquél su propia lógica, la cual á su vez fué rechazada de Holanda por la oposicion de José Scaligero.

Entretanto se fué aumentando el crédito de la filosofia de Descártes, que en 1629 habia ido á acogerse á Holanda; pero la combatió Gisberto Boecio, á quien se unieron los ortodoxos, juzgando que la duda sistemática de aquél, conducía el ateísmo mientras que Juan Cock (Coccejus) de Bremen defendió á Descártes, y sostuvo en la interpretacion de la Biblia, que debia darse la preferencia á la razon y á la filosofia, y que no satisfaciendo el sentimiento natural, era preciso penetrar en el secreto y místico.

Los boecianos estaban protegidos por los Orange, y los cocceyanos por los Wit, en atencion á que eran partidarios de la soberanía de hecho; pero el sínodo de Dordrecht declaró que la filosofia era distinta de la teología; que la Biblia, fundamento de ésta, no admitia las in-

terpretaciones derivadas de principios filosóficos, y excluyó de las escuelas la doctrina de Descártes. Esta, sin embargo, iba adelantando á la sombra de los cocceyanos y de los Estados de Holanda; los boecianos quedaron separados de las cátedras y de los cargos públicos, y de este modo se confundieron la teología, la filosofia y la política. Cuando se llegó á determinar la fórmula de las oraciones que habian de recitar públicamente los sacerdotes, estallaron los partidos, no sabiéndose á quién correspondia la soberanía, es decir, por quién se habia de rogar; los cocceyanos se aprovecharon de la ocasion para hacer que los Estados de Holanda proclamasen que la soberanía residia en la Asamblea de los de la provincia, único juez supremo despues de Dios; los otros negaron á la Holanda el derecho de arreglar la oracion comun; pero fueron obligados á aceptarla. Algunos diputados, que en aquella ocasion se habian expresado con mucha libertad, temieron ser perseguidos, é hicieron por tanto que se aprobase la ley de indemnizacion, con arreglo á lo cual, si alguno sufría perjuicios en su persona, en sus bienes ó en su honra por sus opiniones políticas, era reintegrado por el gobierno.

La política de Holanda estaba entónces en su auge, y dirigida por el gran pensionario Juan de Wit, que fué calificado de diversos modos, como sucedo en tiempos de encarnizadas contiendas, y acaso porque tenía los defectos y las virtudes de jefe de partido. Hombre de gran iustruccion, magistrado íntegro, hábil hacendista, de carácter recto y noble, astuto sin ser pérfido, taciturno, audaz, modesto, aunque respetado, práctico conocedor de los hombres, sobre los que ejercía el ascendiente de una razon robusta, de una sencillez honrosa y de una moderacion constante, no fué acusado de un solo delito en aquella turbulenta época; él solo resistió á la corrupcion de aquel Luis, cuya profusion destruyó tantas virtudes, y que llegó á ser su enemigo inexorable. Versado en el derecho y en las matemáticas, aplicó el álgebra al comercio; nadie como él conocia los intereses de los diferentes Estados, ni observaba tanto ni con tanta seguridad; de suerte que, á pesar de



las dificultades que ocasionaba aquella oligarquía, sabia proceder con la resolucion pronta de un ministro absoluto; trataba con franqueza, escuchaba las proposiciones que se le hacian, y preguntaba hasta quedar perfectamente enterado de lo que se trataba. Quería la república á la manera antigua, y que hubiese un ejército nacional; creía que así como los Quincios dejaban el arado, se podia pasar tambien desde el comercio á ser jefe del ejército; y tuvo el orgullo, siendo comerciante, de vestir uniforme de soldado. Esta es la mayor tacha que imputaron sus enemigos; nosotros le inculparemos, porque con su demasiada confianza en el mar, descuidó las fortalezas de tierra, cuando era tan escasa la que debia tener en sus vecinos.

Llevó á cabo con Francia la alianza de Paris, tan beneficiosa para ésta, mientras que los holandeses no cuidaban más que de asegurar recíprocamente las posesiones. Pero Luis XIV, con su genio despótico, no podia mirar bien á aquellos republicanos que deseaban oponérsele, ya contrariando ó ya censurando sus acciones. En el tratado de paz de Aquisgram, habiendo preguntado un francés á un magistrado de Amsterdam: «¿Cómo! ¿no os fiáis de la palabra del rey?» Este respondió: «No sé lo que el rey desea, pero considero lo que puede.» Colbert habia inspirado gran aversion á Luis hácia aquella república industriosa, cuya prosperidad en vano aspiraba á llevar á Francia: Louvois hacia escribir libelos contra el rey y contra sus intentos políticos, fingiendo que venian de Holanda, en donde á la verdad las gacetas usaban otro lenguaje diferente que el de los oficiales en Francia: se decia estar representado en las monedas el leon de Bélgica, teniendo entre sus garras un cañon y el lema *Sic fines nostros tueamur et undas*; y en el reverso la Holanda figurada por la imágen de Josué deteniendo el sol.

Aun cuando los Estados dieron satisfaccion de aquellas pretendidas injurias, Luis quería no obstante, vengarse de los comerciantes que se atrevian á compararse con un rey: y en el espacio de cuatro años empleó toda su obstinacion y habilidad en buscar los medios de destruirlos. En primer lugar, trató de disolver la

triple alianza, lo cual era fácil, porque Carlos II de Inglaterra no habia tenido nunca intencion de sostenerla, ni la Suecia habia visto en ella más que una especulacion de banco sobre España. Enriqueta, duquesa de Orleans, hermana de Carlos II, que enviada á su lado para que además del amor fraterno emplease con él otras seducciones, entre ellas la de presentarle una hermosa jóven á quien en breve hizo célebre con el nombre de duquesa de Portsmouth. Carlos, pues, ofreció hombres y naves, y hasta hacerse católico, tanto por poseer dinero de que el Parlamento le tenia escaso, como por la esperanza de que la destruccion de la república holandesa seria un triunfo para el despotismo sobre la constitucion inglesa. La Suecia y los príncipes del Rhin se adhirieron á este tratado; nunca la diplomacia habia andado tan deprisa; ni aquellos á quienes Luis se dirigia buscando neutralidad, alianza ó matrimonio, podian negárselo, porque eran inferiores.

Habiendo Carlos de Lorena tratado sobre este asunto con los holandeses, Luis tomó pretexto de aquí para ocupar la Lorena, con lo que aquéllos quedaron en peligro é interrumpida de esta manera la comunicacion entre los Países-Bajos y el Franco Condado. La armada de los holandeses florecia con los cuidados de Ruyter, pero sus tropas y sus plazas se hallaban descuidadas, á causa del encono que tenían á los nobles, y el país era presa de los partidos. Hicieron pacto de mútua defensa con el rey de España y el elector de Brandeburgo. Carlos de Inglaterra, que habia obtenido dinero del Parlamento á pretexto de comprar armas para la triple alianza, hizo entónces de modo que un navío suyo fuese atacado por los holandeses, y empeñó la nacion á que vengára la afrenta, declarándoles la guerra al mismo tiempo que los franceses entraban en los Países-Bajos. Constaba el ejército de Francia de ciento diez mil hombres de hermoso aspecto y perfectamente equipados por Louvois; Vauban era quien dirigia los ataques; la artillería era formidable, y los generales no tenían quien les igualase.

Luis pasó el Rhin, atravesó las fronteras, que se hallaban desguarnecidas; y no encontrando





más que oficiales sin experiencia, una caballería bisoña, y tropas que carecían de valor militar y de municiones, se adelantó con gran rapidez hasta cerca de Amsterdam. En vano trató Witt de evitar el peligro, excitando á rechazarlo valerosamente, y á destruir las provisiones que se hallaban junto al Rhin: semejante resolución no convenia á las oscilaciones de una asamblea en la que ni el partido orangista habia dejado de existir, ni el republicano de ser dominante. Los holandeses, viéndose desprovistos de todo y aislados, presentaron á Luis unas condiciones muy humillantes; pero como éste pretendía fuesen mayores, y que se restableciese el catolicismo, rechazaron el tratado y tomaron la resolución de trasladarse á Batavia con sus barriles de arenques y de oro, calculando que tenían suficientes naves para cincuenta mil familias: por último, con el valor de la desesperación, se determinaron á resistir.

Las intrigas y las desgracias exacerbaban los ánimos, atribuyéndose la culpa de todo á Juan Witt. Este, comprendiendo que los Orange volverían á ser jefes, les puso de antemano algún límite con el *edicto perpétuo* de 1667 y con la *armonía* de 1670, con arreglo á los cuales debían quedar siempre separadas la dignidad de estatuder y la del jefe del ejército. Pero en medio de aquellas desgracias, todos proclamaron capitán y almirante á Orange, el cual, jóven aún, nuevo en las armas, conciso en el hablar y falto de soldados, ocultaba una gran ambición y un valor indomable que le hacían capaz de igualarse con el gran Luis.

Aquel Wit que en el espacio de diez y nueve años habia mostrado un amor tan desinteresado á la libertad, fué acusado entónces como cómplice de la invasión; á aquel hombre integérrimo, que sólo recibía 3.000 francos al año, que desechó las recompensas ofrecidas por los holandeses y las seducciones de Luis; que no tenía para su servicio particular más que un criado y una doncella: que andaba á pié cuando cualquier cortesano del rey ostentaba lujosos trenes, se le imputó haber invertido mal el dinero público: en los pulpitos se incitaba en contra suya á la plebe, la cual, si ántes le miraba como autor de su prosperidad, á la sazón

le maldecía como causa de sus desgracias. Intentaron asesinarle á él y á su hermano Cornelio, ruat ó bailio de Putten, y no habiéndolo conseguido, les acusaron de haber querido dar muerte á Orange. Cornelio mostró tanto valor al tomar parte en la batalla naval de Southwold, aunque se hallaba enfermo, como al sufrir con serenidad tres horas y media de tormentos espasmódicos. El gran pensionario, invitado á visitarle, fué encerrado en la misma prision, de donde no salieron sino para ser asesinados por el pueblo, con tal encarnizamiento, que llegó hasta venderse su carne en pedazos. Los Estados concedieron una amnistía general, y dieron plenos poderes al estatuder que con ellos ahogaba la libertad.

Luis era el autor de todo, pero sin conocer que trabajaba en su daño. Ofreció á Orange una de sus hijas naturales, pero este respondió que los príncipes de su casa estaban acostumbrados á casarse con hijas legítimas de grandes reyes. Luis no se olvidó de su agravio, y Guillermo se vió precisado á ser su rival inexorable. A la caída de los Witt, Guillermo fué proclamado estatuder, y pensó en reformar la patria con el valor, la ambición y la obstinación de sus padres. Ruyter, el ilustre amigo de los Witt, triunfó en el mar con setenta y dos navíos de guerra y otros setenta entre fragatas y brulotes; pero en tierra eran muy escasos sus recursos; y aún cuando Orange hizo la guerra con retiradas que equivalían á victorias, los franceses cometían atrocidades cual si fueran salvajes.

Las dos villas de Swammerdam y de Bodegrave, compuestas de seiscientas casas, fueron reducidas á cenizas, quedando una sola por casualidad libre del furor de los soldados y del incendio general. Creían cumplir con un deber de religión destruyendo las iglesias de los herejes, sin exceptuar ninguna. Los edificios públicos en donde se administraba la justicia y se ejercía la vigilancia sufrieron la misma suerte. Los soldados que habian formado aquel cruel designio se habian provisto, al salir de Utrecht, de mechas y materias combustibles: cerraban en las casas al padre y á la madre con sus hijos para extinguir de un golpe á una



familia; y cuando se movieron las cenizas y las piedras de las casas, se hallaron una infinidad de cuerpos medio consumidos y los hijos quemados en los brazos de aquellos ó aquellas que les dieron el sér. Una madre ciega á causa de su decrepitud, fué muerta en presencia de cuatro hijos que la asistían, teniendo su tumba, como ellos, en las llamas, que les redujeron á cenizas. Variando la crueldad hasta lo infinito, otra madre que habia criado igual número de hijos, los vió matar á su presencia, siendo luego inmolada al furor de los verdugos.

El príncipe de Orange, que llegó á aquellos lugares dos días despues, halló una multitud de niños con los brazos y las piernas cortadas y otros cuerpos mutilados, que dejó algún tiempo sin dar sepultura para que los viesen los pasajeros, con el fin de que aprendiesen lo que debían esperar de los franceses. Los soldados se divertían en coger aquellas inocentes criaturas por los piés, arrojarlos al aire y recibirlos despues en la punta de las picas ó de las espaldas; felices aquellos que en ellas encontraban la muerte, porque unos eran lanzados á las llamas, y para otros se ideaban nuevos tormentos. Violaban á las hijas á vista de las madres, á las mujeres delante de sus maridos; y los soldados que no encontraban suficiente número para desfogar su brutalidad, satisfacían su infame pasión veinte ó más de ellos en una sola persona, evitándoles luégo el dolor de sobrevivir arrojándoles al agua ó al fuego. La avaricia unida á la crueldad animaba á los oficiales á la par que al soldado; colgaban á los hombres en las chimeneas de sus casas, encendiendo en ellas un gran fuego, para que ahogándoles y quemándoles el humo de la hoguera y la llama les obligase á descubrir el oro que poseían y que muchas veces no poseían, de suerte que eran víctimas de un pensamiento igualmente avaro y cruel.

«No siendo suficientes á contener el furor de los soldados los suplicios y las crueldades ordinarias, se inventaron otros extraordinarios. Despojaron de sus vestidos á las jóvenes y á las mujeres violadas, echándolas desnudas al campo en donde perecían de frío. Un oficial

suizo, que halló dos hijas de buena casa en tan triste estado, les dió su capote y alguna ropa blanca que tenía, recomendándolas al llegar á su puesto á un oficial francés, el cual, en vez de protegerlas, abusó por el contrario de ellas, entregándolas luégo á los soldados, que despues de haber cometido los mayores ultrajes les cortaron el pecho, las quemaron con las baquetas de los fusiles y dejaron los cuerpos expuestos en el dique que va desde Bodegrave á Woerden. A otras, despues de cortarles el pecho, les echaban pimienta, cal y algunas veces pólvora, aplicándoles fuego para hacerlas morir más cruelmente. Uno de aquellos infames que en Bodegrave habia hecho la inhumanidad de cortar los pechos á una señora en el momento del parto, poniéndole pimienta, murió en el hospital de Nimega, en un acceso de locura producida por los remordimientos de conciencia que continuamente le representaban á aquella infeliz criatura, creyendo siempre oír la exhalación dolorosa de gritos. A otras les ataban á los árboles por los cabellos ó por debajo de los brazos, para que en vergonzosa desnudez quedasen expuestas á todas las inclemencias del tiempo. A un barquero le clavaron las manos al mástil de su nave, violando á su mujer en su presencia é impidiéndole bajo pena de la vida que apartase la vista de aquel infame espectáculo. Otros maridos sufrieron la misma suerte, siendo obligados á palos y sablazos á ser testigos de tamaños ultrajes. Ni aún se respetaron los cadáveres; dos que llevaban á enterrar, fueron despojados de sus mortajas, arrojando uno de ellos al fuego con el ataúd y siendo el otro sepultado en el agua.»

Los franceses gozaban de la opinión de inteligentes como sitiadores, pero eran poco temibles en campo raso; de aquí el que Luis XIV prefiriese la guerra de asaltos, porque en esta bastan la constancia y el método, mientras que para las batallas se requiere génio y fortuna, exponiéndose el general en este caso más de lo que al rey Luis le agradaba. Pero Condé y Turéna trataban de demoler todos los fuertes holandeses, porque decían que las conquistas no se lograban con guarniciones, sino con ejército.





tos y marchas ligeras, debiendo reservarse solamente para el caso de retirada forzosa una ó dos plazas fuertes. Añadía también Turena que si el rey de España hubiese empleado en tropas ligeras para la guerra de campaña los hombres y el dinero que había gastado en sitios y fortificaciones, no hubiera habido poder igual al suyo. Louvois, que quería aumentar la importancia de su ministerio y tener mayor número de empleos de que disponer, no hizo caso de la opinión de Turena, y así fué como se salvó la Holanda. Los holandeses inundaron el país, rompiendo sus diques; y Luis, á quien gustaba la guerra cuando daba un pronto resultado favorable la abandonó para celebrar sus triunfos y embriagarse con los aplausos, ántes de haberlos ganado.

Ya las potencias envidiosas se habían preparado á hacerle frente, y Orange, hombre impasible, que no abrigaba otro sentimiento más que un profundo odio á la Francia, había dispuesto una gran coalición para luchar con él. Carlos de Inglaterra, que obraba contra los intereses y voluntad de su país, se vió en el caso de restablecer la paz. La España y los imperiales, conociendo sus intereses, se unieron á la Holanda, y Montecuculi mereció ser el jefe de los capitanes franceses. Los invasores, que no habían querido dirigirse á Amsterdam, cuando nada se les hubiere opuesto en su camino, tuvieron que salir de Holanda para marchar contra la liga, á la cual se habían unido ya la Dinamarca y muchos príncipes de Alemania. A pesar de todo, Luis XIV tenía un sólo ejército, y con una voluntad única, fronteras bien guardadas, y emisarios y espías por todas partes: de modo que luégo que hubo entrado en el Franco-Condado, tomó á Besanzon, país que jamás ha podido arrebatarse á la Francia.

En estas luchas el nuevo arte de la guerra hizo grandes progresos, señalándose con célebres batallas y prodigios de valor, pero sin que todo esto influyera en lo porvenir. Lo contrario acaeció á Washington, que en nueve años que tuvo el mando, no ganó una sola batalla notable, logrando, sin embargo, libertar á las generaciones futuras. El corazón no puede ménos de conmoverse al pensar en las causas

de guerras tan calculadas como inhumanas. Luis había ayudado á los venecianos en la guerra de Candía, á fin de obtener el capelo de cardenal para dos de sus protegidos, y desanimar á los protestantes, haciéndoles ver la unión de los príncipes con el papa; y aunque se había convenido secretamente con la Puerta la rendición de Candía, sin embargo, el combate continuaba, peleando los franceses con su acostumbrado valor, y siendo exterminados una gran parte por la peste y por las balas, sólo porque había razones de alta política para no levantar el sitio. Se dió como causa de la guerra de Holanda *les suprenantes hauteurs* de los Estados: y en breve Louvois promovió nuevas guerras para no verse obligado á tener que reformar una ventana que el rey halló á distinta altura que las demás.

El mariscal Turena, héroe de aquella campaña, fué mortalmente herido por una bala de cañon en Salzbach, contando á la sazón setenta y cuatro años: y se le dió sepultura en el panteon de los reyes, como á Duguesclin. Fué el padre de sus soldados y el azote de los pueblos; de aspecto glacial y nada caballeresco, sacrificó, según su costumbre, los deberes de la humanidad á las leyes de la guerra y á sus deberes de general, asolando de una manera horrible el Palatinado. La guerra entre él y Montecuculi fué ciertamente un ejercicio de arte, una rivalidad de astucias, de paciencia y de actividad, no pudiendo contar el uno con que el otro cometería más descuidos ó torpezas que las que él mismo hubiera cometido encontrándose en su lugar. Montecuculi continuó sus victorias hasta que fué hecho prisionero por el príncipe de Condé. Este se retiró á pasar tranquilamente sus días, y Montecuculi se separó también del servicio, protestando que el que había peleado con Mahomet Coproli, Condé y Turena, no debía comprometer su fama con otros.

Continuóse, sin embargo, la guerra lentamente con marchas y sitios, sucediendo en el mar los acontecimientos principales. Sublevada Mesina contra España, el holandés Ruyter marchó á combatirla en virtud de la alianza establecida: pero Duquesne, almirante de Francia le



salió al encuentro cerca de Lipari, sosteniéndose la lucha sin ventaja de una y otra parte (tan grandes eran los cuidados prodigados en aquel tiempo á la marina) hasta tanto que habiendo muerto aquél, fueron arrojados los holandeses del Mediterráneo. Estos son los primeros descalabros que sufrió la Holanda en el mar. Los franceses, que hubieran podido conquistar la Sicilia, se hicieron odiar por sus afectados modales y artificiosas supercherías; y Louvois, por otra parte, envidioso de Colbert, no preparó los medios de conseguirlo; viéndose obligados muy pronto á dejar el Mediterráneo.

Ninguna de las partes beligerantes atendía al interés nacional, si bien ninguna de ellas tenía ya fuerzas para continuar combatiendo: el emperador, á fuerza de imponer contribuciones á la Hungría, la había puesto á punto de rebelarse; España se debilitaba de día en día; el Imperio se hallaba en la mayor confusion, reinando completo desacuerdo en las deliberaciones que se adoptaban, y una lentitud suma en el cumplimiento de las mismas; Holanda perdía su comercio por suministrar frecuentes recursos á los aliados. Francia, en fin, se encontraba exhausta, y confiaba que las victorias la pondrían nuevamente en su antiguo estado de esplendor. Carlos de Inglaterra recibía socorros de Francia, pero el enlace de Maria de York con su tío el estatuder Guillermo, entibió el resentimiento de estos dos hombres, al paso que los holandeses concebían serios temores por su libertad.

Entabláronse, pues, diversas negociaciones, con las que pretendía Luis desunir á aquellos á quienes Guillermo había reunido para la libertad de la Europa, y contra el deseo de este príncipe se firmó la paz de Nimega por mediación de Inglaterra. Por grandes que fueran las dificultades que surgieron de que Fran-

cia prohibiese la introduccion de los géneros holandeses, se acordó, sin embargo, la paz con los Estados Generales, cediendo á Maestricht y todos los restos de las antiguas conquistas. Separada Holanda de la gran alianza, Luis pudo ya dictar leyes á los demas países; hizo que España le cediese el Franco-Condado y muchas plazas de los Países-Bajos, restituyendo algunas de las adquiridas por el tratado de Aquisgram ó durante la última guerra. Mayores exigencias tuvo con el emperador, á quien obligó á que le cediese el Friburgo, que era la llave de Alemania. Después de nuevas batallas, Brandeburgo y Dinamarca renunciaron á las conquistas hechas en Suecia, ajustando la paz con aquéllas y con Holanda. Carlos de Lorena fué reintegrado de sus pérdidas, pero con tan humillantes condiciones, que prefirió más bien no aceptar nada. Los holandeses no perdieron más que los grandes gastos que ocasionó aquella guerra. España, que no tenía interés alguno en la contienda, fué la que pagó la paz quedando sin garantías, de manera que hizo alianza con Inglaterra para asegurar la posesion de los Países-Bajos.

Francia había roto las hostilidades para satisfacer su sórdida venganza y ciega ambicion, y tuvo la dicha de salir vencedora pero Luis, abatiendo á los Witt, elevaba á su más poderoso rival. Otro hecho había que demostraba la superioridad de Francia; mientras que treinta años ántes apenas se conocía la lengua francesa por algunos en Osanabruck, en esta época la hablaban todos, y desde entonces se hizo el idioma de la diplomacia. Completamente victorioso Luis, fijó mejor sus fronteras, hizo célebre el valor de sus capitanes, y manifestó más y más su insaciable codicia é inútil barbarie, obteniendo no obstante el título de grande.